

# Movimientos sociales e Izquierda en América Latina\*

Haroldo Dilla Alfonso

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO)  
República Dominicana

## RESUMEN

Uno de los puntos más controversiales de la sociología contemporánea es el abordaje de la naturaleza y perspectivas de los movimientos sociales y sus relaciones con la política. En este ensayo se intenta introducir nuevos enfoques en la polémica a partir de una definición más amplia de política y a partir de ahí, discutir las potencialidades alternativas de los movimientos sociales. Una conclusión central del trabajo es que la actual situación de los movimientos sociales es un momento de rearticulación político-cultural de fuerzas potencialmente alternativas a los órdenes excluyentes y autoritarios existentes. En esa medida aportan sugerentes pautas al trazado de una nueva forma de hacer política. Pero a la larga no podrá prescindir del planteamiento clave de la política: el poder. No hay respuestas inequívocas acerca de hasta qué punto puede esta tendencia constituirse en espacios para una alternativa anticapitalista y de cualquier manera la conformación de esta alternativa es aún muy incipiente. Ello constituye un reto para la izquierda partidista existente y la necesidad de refundar esa alternativa sobre bases pluralistas y democráticas. [**Palabras clave:** movimientos sociales, Izquierda, partidos políticos, política, democracia]

---

\* Una primera versión de este artículo fue publicada en el libro *Para que el socialismo tenga futuro*. Esta versión se recibió en enero de 2001 y se aceptó en febrero de 2001.

## ABSTRACT

One of the most controversial points in contemporary sociology is the approach to the nature and perspectives of social movements and their relationship to politics. This essay attempts to introduce new approaches to this issue based on a broader definition of politics, and from there, discusses the alternative potentials of the social movements. A central conclusion of this work is that the current state of social movements is a moment of political-cultural rearticulation of forces potentially alternative to the existing excluding and authoritarian orders. In this way, the social movements contribute by suggesting roads of a new way of making politics. But at the end the social movement cannot ignore the key postulate of politics: power. There are not unambiguous answers about up to where can this tendency constitute into spaces for an anticapitalist alternative and anyway the conformation to this alternative is even more incipient. It constitutes a challenge for the existing leftist parties and emphasizes the need to rethink their alternative on pluralist and democratic bases. [**Keywords:** social movements, Left political parties, politics, democracy.]

La irrupción de los movimientos sociales (MS) en el escenario latinoamericano, hace ya dos décadas, no sólo puso en jaque a las dictaduras militares, sino también a los sociólogos del patio. Y muy particularmente a una sociología marxista acostumbrada a interpretar la vida social a partir de unos supuestos que parecían no encajar en la miríada de movimientos barriales, feministas, ecologistas, de derechos humanos, etc., que reclamaban un lugar bajo el sol. Una primera mirada fue lanzada a Europa, pero las construcciones teóricas del Viejo Mundo sobre sus movimientos sociales sólo podían ser tomadas como puntos de referencia: existía un verdadero abismo entre los europeos decepcionados con “la pobreza de la riqueza” y nuestros “nuevos sujetos sociales” en lucha permanente por distribuir mejor la poca riqueza en un mundo de pobreza. Desde entonces muchas preguntas han sido formuladas y también muchas respuestas han sido discutidas.

En estas notas me propongo explorar un aspecto de marcado sentido práctico: la relación de los MS con la política y especialmente, las especificidades y potencialidades de sus relaciones con una política alternativa de izquierda. Debo confesar, sin embargo, que tratar el tema antes referido es harto complejo, no sólo por la densidad del debate, sino también por la ambigüedad de los conceptos en uso. Por consiguiente, trataré de avanzar en cada momento mi definición funcional de los conceptos que empleo sin más aspiraciones que minimizar los márgenes de confusión.

Ante todo comenzaré por definir que entenderé aquí por los dos términos que titulan este artículo –movimientos sociales e izquierda– con lo cual no persigo establecer pauta conceptual, sino solamente ofrecer una clara definición operativa acerca del tipo de fenómeno al que me estoy refiriendo.

Por movimientos sociales (MS) entenderé aquellos movimientos (1) de sectores sociales subordinados (explotados, oprimidos o marginalizados), (2) cuyas acciones tienden a transcurrir de manera y por conductos diferentes y básicamente independientes de los actores políticos tradicionales,

principalmente el Estado y los partidos políticos, (3) que poseen niveles organizativos mínimos (aun cuando las formas de organización sean parte de la diferenciación anotada antes) y que (4) demandan la validación de un conjunto de derechos individuales y colectivos disruptivos en mayor o en menor medida del orden existente, sea porque tratan de detener un cambio social o al contrario, promoverlo.

En este sentido, los MS se desarrollan básicamente en la sociedad civil, pero no son en sí mismos la sociedad civil. La ontologización de este concepto, a menudo con las mejores intenciones políticas imaginables (el movimiento de apoyo a los zapatistas en México es un ejemplo), hace perder de vista su complejidad como espacio de acción de actores –diferentes y autónomos respecto al Estado– y de redes de comunicación establecidas por estos, pero que persiguen fines diferentes con *modus operandi* disímiles. En este mismo sentido, el hecho de que sean parte de la sociedad civil no implica *per se* su exclusión de la política en términos que discutiré más adelante.<sup>1</sup>

Por izquierda entenderé a aquellas tendencias políticas cuyos programas y prácticas políticas se dirigen a la superación del capitalismo como fenómeno histórico-cultural y su reemplazo por un orden alternativo basado en la socialización efectiva de los procesos económicos, la equidad social, la democracia y un clima de libertades (recordando una conocida frase del *Manifiesto Comunista*) “en que el libre desenvolvimiento de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de todos”. Por consiguiente, cuando hablo de “izquierda” no me refiero a forma organizativa alguna, como tampoco a la forma como se perciben las maneras de hacer política en una coyuntura concreta en función de las metas anticapitalistas.

## Las diferentes entradas de la política

Continuando con las definiciones operativas, diría que la forma de percibir las relaciones de los MS con la política depende en buena medida

de la definición misma de *política*. En este punto me gustaría recrear una experiencia personal. Durante un recorrido de trabajo por varios países de Centroamérica tuve la oportunidad de reunirme con numerosos líderes y activistas de movimientos sociales diferentes. En una de esas reuniones en Honduras, una parte de la conversación se centró en las relaciones del vasto movimiento de pobladores de San Pedro Sula con la política y fue notable la coincidencia de todos los actores acerca del carácter no-político de sus organizaciones. En realidad era sorprendente, pues en otros momentos de la discusión esas mismas personas hablaron sobre la posibilidad de promover una candidatura cívica, al margen de los partidos, para tomar la alcaldía. Unos días después, en El Salvador, tuve el privilegio de conversar extensamente con los dirigentes de los movimientos sociales de Chalatenango, una de las zonas más activas durante la guerra revolucionaria. En uno de los momentos de la conversación una mujer especialmente carismática y activa reclamó con vehemencia el carácter político del movimiento. “Somos políticos, dijo, sólo que no hacemos política para los partidos.” Uno y otro movimiento difería en cuanto a niveles de organización, pero no necesariamente en cuanto a fines. Uno y otro tenían percepciones diferentes de la política y entre uno y otro existía la brecha del aprendizaje político de los compañeros y compañeras de El Salvador, en una larga guerra popular y en experiencias diversas de movilización popular. Posiblemente sin saberlo, la activista salvadoreña había hecho suya una meta inseparable del radicalismo democrático: poner la política en primera persona.

Ciertamente la teorización sobre los MS en América Latina no ha carecido del primer enfoque señalado. No han faltado propuestas que han resaltado el componente sociocultural (en sentido estrecho) de estos movimientos de una manera tan unilateral que han llegado a concluir que los MS son por definición no-políticos, en la misma medida en que se plantean una relación diferente con las estructuras de poder. En efecto, existe una vasta

área de acción social que no es política o al menos, no es inmediatamente política. Pero reconozcamos que muchas acciones que se declaran no políticas tienen con frecuencia un alto componente del atributo negado. Los planes asistenciales de algunas instituciones internacionales o la acción de algunas sectas fundamentalistas en las comunidades, para citar sólo dos situaciones, no podrían pretender más apoliticidad, pero son en efecto muy políticas en cuanto al uso del asistencialismo parroquialista como una forma de administrar la pobreza y atenuar las tensiones sociales acumuladas.

La izquierda no ha sido ajena a esta problemática, particularmente cuando se ha percibido a la política como un ejercicio regular, ligada a partidos u organizaciones formales y cuya meta inmediata es el acceso al poder del Estado. Es incluso frecuente escuchar un término tan vago como sospechoso: la “izquierda social” como espacio diferente de la “izquierda política”, como si fuera posible una izquierda que no sea auténticamente social y por serlo, sea precisamente una izquierda auténticamente política.

En este punto quisiera adelantar una definición de política. Si definimos *política* como la interacción contradictoria de las clases, sectores sociales y actores públicos por el control de los mecanismos de asignación de recursos y valores, y por consiguiente del poder, entonces es difícil creer que las extensas movilizaciones populares en nuestro continente, aun cuando se manifiesten de manera explosiva y coyuntural, sean no-políticas. Sólo que son políticas de una manera diferente. La afirmación de que la novedad de los MS reside en crear las bases de un “nuevo paradigma civilizatorio” sin pretensiones de poder político, es una confusión de las carencias con las virtudes (lo que trataré de discutir en las páginas siguientes), o simplemente el uso de un *slogan* político conveniente para sociedades donde el término “política” se asocia con el peor de los mundos posibles. No pueden confundirse las limitaciones de los MS —en buena medida porque aún registran un momento inicial de sus desenvolvimientos históricos que no rebasan estadios parroquialistas y

secretarios— con imprecisos “nuevos paradigmas”. La experiencia práctica indica que cuando los MS alcanzan cierto grado de madurez y coordinación, tienden a formular programas propios, promover candidaturas “cívicas” e incluso establecer alianzas con partidos políticos dispuestos a llevar sus demandas a la arena política tradicional. No es posible olvidar que tanto el Partido de los Trabajadores de Brasil como el Partido de la Revolución Democrática en México tienen en sus principios fundacionales la concertación con estas organizaciones de base de diferentes naturalezas.

Digamos que son productores de una “política difusa” que se mueve por los intersticios de los sistemas políticos formales pero, cuyo carácter difuso, no omite sus potencialidades para una política anticapitalista en la misma medida en que los MS pueden enfrentar al proceso de acumulación neoliberal —sea en el ámbito de la producción como del consumo—, teniendo en cuenta que se trata de un patrón de acumulación que exige tanto la superexplotación de la fuerza de trabajo como la limitación del consumo popular, y particularmente del consumo social.<sup>2</sup>

Sin embargo, al mismo tiempo y por las mismas razones estructurales antes apuntadas, los relacionamientos políticos de los MS no implican necesariamente que sean un espacio “natural” de la izquierda. Por un lado, no puede perderse de vista que muchos MS reproducen formas de explotación y opresión francamente regresivas. En otros casos, en nombre de la radicalidad política pueden constituir formidables ejercicios de enajenación, divisionismo y exclusividad. Por último, como todo espacio político componente de la sociedad civil, los MS son arenas de disputa donde hay terreno para la cooptación de derecha, sea mediante planes asistenciales administradores de la pobreza (al estilo del PRONASOL mexicano), o de manipulaciones políticas e ideológicas. Aquí no hay “leyes de la historia” ni sujetos predestinados al “cambio revolucionario”. Sencillamente hay un espacio político.

## Una historia de encuentros y desencuentros

Un interesante balance realizado por Carlos Vilas lo ha llevado a una conclusión: la existencia de “un desfase o ruptura entre la insatisfacción social y las preferencias electorales” de la población pobre latinoamericana, e incluso, de un desfase entre la magnitud de esa insatisfacción y su expresión en acciones reivindicativas, y la capacidad de convocatoria extraelectoral de la izquierda partidista. Diríamos que ha sido una historia de encuentros y desencuentros motivados por profundas razones culturales y políticas.

*Identidades v. universalismos.* Lo distintivo de los movimientos sociales contemporáneos ha sido el rescate de las identidades particulares. Es significativo que algunos de sus principales cuerpos ideológicos y teóricos hayan comenzado a expresarse en función de la igualdad con “los otros”, para luego, tras lograr importantes avances en los reclamos igualitaristas (al menos formalmente), evolucionar hacia el sentido de lo particular y diferente respecto a esos mismos “otros”. El caso paradigmático de esta evolución la ha ofrecido el feminismo, pero no es difícil encontrar rutas similares en los movimientos indígenas y de derechos humanos. Por supuesto que el regreso a la identidad particularista no ha sido un azar de la historia ni una preferencia segregacionista de los grupos afectados, sino la necesidad de violentar una igualdad “ciudadana” que –recordando una acertada frase de Capella– legitimó sus *status*, pero no les proveyó del poder suficiente. Sólo la revalidación de las identidades comunitarias<sup>3</sup> podía proveer ese espacio de potenciación.

La proliferación de las identidades particulares –sectoriales, territoriales, culturales, etc.– produjo inevitablemente la emergencia de discursos y prácticas reivindicativas disonantes respecto a la aspiración universalista tradicional de las izquierdas partidistas.

Tres lustros atrás, Perry Anderson nos alertaba sobre una contradicción intrínseca del marxismo y compartida por otras teorías emancipatorias. El marxismo pudo adquirir su carta de universalidad porque fue capaz de



resaltar el lugar de las clases y las luchas de clases e identificar en la clase obrera al sujeto principal del cambio anticapitalista. Al hacerlo, sin embargo, limitó su percepción sobre otras relaciones opresivas de poder y dejó fuera de su agenda a otros sujetos posibles del cambio revolucionario. El triunfo de revoluciones de vocación socialista en países de la periferia capitalista obligó a una ampliación del concepto que daba cuenta de la base social del cambio. En un primer momento se dio la proclamación de la alianza obrero-campesina como llave maestra de la Revolución Rusa. Más tarde, en sociedades aún más atrasadas, su extensión a otras clases y capas sociales oprimidas o subordinadas, agrupadas en el concepto “pueblo”.

El recorrido desde la *clase obrera* hasta el *pueblo* fue un paso de avance, pero que dejó incólume la vocación escatológica –estrictamente apegada a la idea del progreso universal del iluminismo– que tenía su punto de partida en el reconocimiento de un sujeto histórico único capaz de producir con su liberación, la liberación de toda la sociedad, y al mismo tiempo garantizar la modernización económica y la unidad frente a la agresión imperialista. La *vanguardia* (usualmente conformada a partir de las tradiciones autoritarias nacionales: zares, mandarines, caudillos) condensaba en sí toda la “virtud y fortuna” de este ordenamiento político monolitista, que sólo podía tratar a las ideas disidentes como cuerpos extraños a la dinámica de construcción de la nueva sociedad y del propio curso de la historia.<sup>4</sup>

Aunque con seguridad casi nadie estaría en disposición de aprobar explícitamente el curso histórico antes descrito, no debemos olvidar que las izquierdas partidistas en América Latina son resultado de esta historia y han sido caladas por un ideal organizativo, normativo y proceditivo, marcado por el verticalismo y una cierta predestinación escatológica autoasumida. Incluso en organizaciones que tuvieron en sus orígenes movimientos muy variados (sindicales, comunitarios, etc.), la marcha posterior de los acontecimientos parece confirmar las predicciones de Michels acerca del trágico

destino oligárquico de todas las organizaciones.

Sin embargo, al mismo tiempo cabría una duda ya formulada por Hobsbawn: ¿Puede la izquierda renunciar a su vocación universalista y al mismo tiempo pretender encarnar un proyecto emancipatorio? Difícilmente podamos obtener una respuesta positiva sin pedir muchas disculpas. Pudiéramos argumentar con sobradas razones que la vocación universalista de la izquierda fue construida a partir del patriarcalismo, del occidentalismo y de una idea de progreso tecnológico ininterrumpido que era posible controlar. Fue, en última instancia, como ha afirmado Wallerstein, parte de un “consenso liberal” que hoy muestra sus mayores fisuras. Pero también tendríamos que decir que no es posible la maduración de un programa anticapitalista sin una proyección universalista, o si se quiere, *de una percepción de las totalidades sistémicas, tanto de lo que se pretende destruir como de lo que se quiere construir*. Y esa proyección no se obtiene de las identidades aisladas, como tampoco de la sumatoria simple de los particularismos que animan a los movimientos sociales.

En este sentido, las izquierdas partidarias deben concebir a los MS como componentes (potenciales o reales) de una estrategia emancipatoria en la que estos tienen un intenso caudal de experiencias y propuestas. Hablamos de una síntesis muy compleja, que obliga a la izquierda partidista a desechar cualquier percepción utilitaria de los MS como “correos de transmisión” *aggiornadas*, incluso a superar la concepción de estas relaciones biunívocas como engarzamientos de alianzas y concertaciones. Si de lo que se trata es de potenciar a los MS como expresión emergente genuina del movimiento popular latinoamericano, entonces la izquierda partidista está obligada a producir una verdadera aprehensión de la vasta gama de ideologías posicionales, existenciales e históricas que les animan, y a partir de ahí potenciar lo que constituye su principal “capital social”: la originalidad de sus autoidentificaciones. *La universalidad que la izquierda requiere no podrá obtenerse negando las identidades particulares. Será un*

*proceso de construcción nutrida por el balance crítico de la propia izquierda, de las experiencias históricas de las luchas populares (muchas de las cuales fueron libradas fuera del ámbito de la izquierda partidista) y de las nuevas realidades, cuyas intensas dinámicas no se compadecen de las monotonías exegéticas. Y a partir de ahí, la refundación de la propia izquierda.*

En cuanto a lo local y lo internacional, la mayoría de las teorías orgánicas al ideal emancipatorio desde el siglo XIX han estado alentadas por la idea de lo que hoy se denomina en la sociología radical como *empowerment*, barbáricamente traducido al castellano como “empoderamiento”. En esencia se ha tratado de potenciar el control de las personas y comunidades sobre sus vidas cotidianas y sus capacidades de incidencia en la política a todos los niveles. En el centro de ese proceso de reapropiación del poder se ha encontrado siempre la construcción de la comunidad. Aunque, como el lector fácilmente advertirá, no de cualquier tipo de poder ni de cualquier tipo de comunidad.

En el primer sentido, Judith Hellman ha realizado un balance crítico de los resultados de los “empoderamientos realmente existentes” que merece ser recreado. El “empoderamiento” concebido como una apropiación de autoconfianza en un plano básicamente subjetivo, a través de la adquisición de conocimientos prácticos y habilidades organizativas resulta a la larga un proceso reversible. En realidad no han sido pocos los casos de “des-empoderamiento” sea por cooptación, por represión o simplemente por desilusión de los sujetos “empoderados”, cuando las prácticas participativas han resultado insuficientes para garantizarles un poder real sobre sus vidas cotidianas.

Por otra parte, en esencia, el capitalismo y su teoría legitimadora por excelencia: el liberalismo, precisan de un orden de agregación de los individuos, consumidores de política, que aceptan las reglas de juego impuestas por las elites y son susceptibles de reducir sus demandas en beneficio de lo

“políticamente correcto”. Las identidades comunitarias de las clases y sectores subordinados han sido regularmente una traba para el despliegue de la acumulación, y de ahí, por ejemplo, la tendencia endémica del capital a remodelar los espacios locales. No existe una sola experiencia colonizadora medianamente seria que no haya intentado la disolución comunitaria tradicional. En última instancia, como afirmaba Marx desde su experiencia decimonónica, si el capital no es la comunidad, al final destruye la comunidad.

Pero ello no lo hace incompatible con todo tipo de comunidad. La práctica liberal ha mostrado desviaciones adaptativas respecto a esta norma básica, y de hecho el capitalismo ha sido capaz de incorporar a su propia reproducción sistemática formas comunitarias, de lo cual quizás el ejemplo más palmario haya sido la aceptación de la acción sindical en los modelos keynesianos del capitalismo desarrollado como un componente decisivo (subordinado) de la vida empresarial. Pero esta aceptación ha sido, por un lado, el resultado de las luchas obreras, y por otro, posibilitada por la propia lógica del keynesianismo que concebía al salario no simplemente como un costo, sino también como una salida para la expansión de la producción capitalista. El saldo no pudo ser otro que la despolitización del movimiento obrero.

También el capitalismo neoliberal es compatible con ciertas formas de funcionamiento comunitario. Habría que tomar en cuenta que el neoliberalismo, al producir una separación tan tajante de “lo público” y “lo privado” (a diferencia del keynesianismo cuya reproducción estuvo íntimamente vinculada a la mutua contaminación de la economía y la política en un modelo de acumulación fordista) engendra una situación permisiva e incluso promotora de espacios de organización autónoma de los excluidos, siempre que no atenten contra el proceso de acumulación. En este sentido, el neoliberalismo tiende a favorecer la implementación de programas específicos de organización comunitaria marcados por el parroquialismo y la despolitización, apoyados en la propia fragmentación-exclusión de los sectores populares y funcionales a

los procesos de descentralización-privatización del Estado sustentados por el Banco Mundial.<sup>5</sup> La premisa clave del tipo de comunidad fomentado por el neoliberalismo es justamente su ejercicio fuera de todo coto relevante de poder y el cultivo en su seno de tradiciones conservadoras, garantes de una “sociedad civil responsable” y tributarias de la gobernabilidad.<sup>6</sup>

En las postrimerías del siglo la comunidad vuelve a adquirir un sentido estratégico en la búsqueda de una alternativa anticapitalista. En el caso específico de las comunidades habitacionales, los procesos de descentralización territorial y de fragmentación y dislocación geográfica de los procesos de producción colocan al espacio local en un primer plano político. En la era de la globalización capitalista, la comunidad habitacional tiene un alto potencial de resistencia si es capaz de asumir lo que Harvey ha denominado “un particularismo militante con ambiciones globales”. Como anotábamos antes, es la comunidad un espacio donde se condensan por excelencia las diferentes contradicciones que azotan a nuestras sociedades y afloran con especial vigor las identidades sectoriales. Desde las comunidades habitacionales pueden construirse tejidos de redes de solidaridad y reciprocidad simétrica distintas y opuestas al código operacional del mercado. También desde aquí pueden las personas comunes potenciar efectivamente sus derechos ciudadanos frente al poder doblemente opresivo del capital y del Estado. Pero esta potencialidad tiene un límite. El espacio local cobija siempre el peligro del localismo y de la definición antitética del “sí mismo” respecto al otro. La acción localista es totalmente inefectiva frente a la globalización justamente por ignorar la dialéctica planteada por ésta y operar solamente en una cara de la antinomia: la autarquía y el autosostenimiento.

Quiero en este punto detenerme someramente en las diferentes propuestas de “economía popular” que han cobrado notable vigor en algunas parcelas del pensamiento social latinoamericano. No tengo dudas de que la

extensión de relaciones económicas asociativas y cooperativas en la producción, la distribución y el consumo que tienen lugar en los sectores marginados e insertos en la economía informal, pueden resultar factores contribuyentes a la elaboración de una alternativa y en última instancia factores de resistencia popular a los avances del mercado. Quizás, elementos embrionarios de una meta imprescindible de un orden alternativo: la socialización del mercado.<sup>7</sup> Pero esta consideración dista de aquellas otras que perciben estos espacios de economía popular como la base de un nuevo modo de producción, capaz de mirar desde sus entrañas al capitalismo y producir lo que se ha denominado un “socialismo postmoderno”. La construcción de esta ruta alternativa se nutre de la exclusión estructural de vastos sectores de la población y de la proliferación de prácticas de supervivencia (denominadas “protosocialistas”) y de los postulados éticos del socialismo utópico, particularmente la exhortación a una “educación del deseo”. El llamado “socialismo postmoderno” recrea el mismo camino de la transición clásica del feudalismo al capitalismo, sin tomar en cuenta el carácter eminentemente político de la transición al socialismo en cualquier escenario imaginable, dadas las transformaciones cualitativas que ésta ha planteado y plantearía en el futuro. Por supuesto, también desconoce la inmensa fuerza del mercado y del capitalismo moderno en la cooptación de estos espacios si fuesen necesarios para el proceso de acumulación. Algunas lecturas bastarían para mostrar la tendencia de muchas experiencias cooperativas y asociativas a degenerar en proyectos maximizadores de ganancias, con espacios internos para la explotación de la fuerza del trabajo y una regresión de sus normas democráticas de funcionamiento. Aunque los sostenedores de estas posiciones reconocen la necesidad de la lucha reivindicativa que trascienda el espacio local, nunca queda claro cómo esto se producirá partiendo de las premisas anteriores. Sin desconocer la validez polémica de propuestas de esta naturaleza, todo indica que estamos en presencia en una traducción amputada del *delink*.

Las “ambiciones globales” de “lo local” (y en general de todo movimiento de base), pasan por concebirle (y concebirse) como un momento en la construcción que debe asumir la escala nacional y la regional, pero que a la larga sólo podría realizarse a nivel mundial. Probablemente aquí es donde la nueva izquierda tiene un rol muy significativo que desempeñar: plantearse su estrategia política determinada por un nuevo internacionalismo. Si el capitalismo contemporáneo opera en constante violación de los espacios nacionales, un proyecto alternativo sólo puede concebirse a escala global. Sería, siguiendo la exhortación de Gramsci a los consejos obreros, actuar y obrar “Desde la fábrica a la nación, y desde la nación al mundo”.

Existen experiencias que merecen ser revisadas en países donde la izquierda ha logrado una presencia considerable en los gobiernos locales, particularmente en Brasil, Uruguay, México y El Salvador.<sup>8</sup> En estos lugares la izquierda partidista latinoamericana está viviendo una experiencia pródiga en oportunidades: victorias electorales en las instancias locales que la colocan en una doble condición de gobierno y oposición. Si los espacios locales y sus instituciones políticas son objetivos de las fuerzas políticas progresistas, es porque se trata de espacios de experimentación y acumulación de fuerzas, que implican ante todo el establecimiento de un patrón de gobierno diferente –honesto, transparente, abierto a las demandas populares– pero también de espacios alternativos de propiedad y producción, de mecanismos de participación efectiva y de potenciación de los sectores populares y sus organizaciones. En El Salvador, por ejemplo, algunas alcaldías en manos de la izquierda han sido un espacio propicio para la concertación con diferentes organizaciones populares en torno a temas de desarrollo local a partir de la formación de cuerpos representativos de la sociedad civil, como son los casos de las Asociaciones para el Desarrollo Local, los Consejos de Desarrollo Municipal y las Corporaciones de Desarrollo Departamental. Los diseñadores de estos esquemas de concertación han tenido especial

cuidado en no diluir la diversidad real de los sujetos involucrados en simples consejos de vecinos aspirantes a una ciudadanía niveladora.

Sin embargo, tales concertaciones son relativamente sencillas cuando se trata de operar en ámbitos locales. No es una hipótesis descabellada pensar que en algunos países latinoamericanos la izquierda partidista podría acceder a los gobiernos nacionales en los años venideros, lo cual, paradójicamente, no significaría que deje de ser oposición en términos sistémicos (si en realidad sigue siendo izquierda). En un contexto de tal naturaleza la izquierda partidista estaría en mejores condiciones de propiciar estas redes de concertaciones con vista al fortalecimiento del poder de negociación de los sectores populares, a la ampliación de sus propias bases sociales y en definitiva a la acumulación de fuerzas en función del avance de propuestas alternativas.

La vida ha demostrado la efectividad política de coordinaciones internacionales a partir de movimientos emergidos como respuestas a las condiciones locales generadas por la globalización. La fortaleza política de los zapatistas chiapanecos –sin lugar a dudas mucho mayor que su fortaleza militar– ha estado vinculada a la habilidad que han mostrado para elevar sus reivindicaciones a los planos nacional e internacional a partir de un discurso altamente integrativo. Los movimientos amazónicos de los siringueiros encabezados por Chico Mendes (cuyo asesinato sigue impune en el Brasil democrático) y de algunas tribus indígenas, fueron el punto de partida de una concertación mundial de ONGs, grupos intelectuales y otras asociaciones sociales por la preservación del Amazonas y por el derecho de sus habitantes ancestrales. Los acuerdos de libre comercio al estilo de NAFTA han servido de motivación para el establecimiento de redes de comunicación y acción contra los efectos destructivos que estos tienen sobre la fuerza de trabajo, el medio ambiente y la calidad de vida. Las experiencias de Seattle y Porto Alegre han puesto sobre la mesa la eficacia política de estas concertaciones globales. Otros muchos ejemplos pudieran citarse<sup>9</sup> que hablan de una posibilidad de trascender lo local



y lo particular conservando las identidades. Justamente desde esta dinámica es donde pudiera estarse construyendo un nuevo internacionalismo, conformado a partir de la confluencia de intereses particulares y su condensación en agendas “de ambiciones globales”.

La necesidad de la perspectiva internacionalista ha sido un dato invariable de todas las propuestas emancipatorias conocidas, pero en los momentos actuales esta necesidad es más aguda que nunca. Por un lado, los procesos de integración regional y concertación de megabloques (tanto en el norte desarrollado como en la periferia) están dictados por la lógica del capital y de los Estados capitalistas, y están produciendo una erosión dramática de los espacios democráticos. La conocida fórmula que postula la “cesión soberana de la soberanía” no sólo deja en pie la asimetría de las cesiones entre las partes contratantes (digamos que las situaciones de México en el NAFTA o de Uruguay en el MERCOSUR), sino que, sobre todo, implica la transferencia a grupos tecnocráticos del poder de decidir sobre cuestiones vitales que afectan la vida cotidiana de las personas y el futuro de nuestras sociedades. En consecuencia, también suponen una merma esencial de las capacidades ciudadanas. Sólo la concertación desde “abajo” y desde “la izquierda” puede actuar como un valladar a estos procesos de privatización transnacional de las decisiones públicas.

Por otra parte, la historia nos ha ofrecido suficientes datos como para entender una acertada propuesta de Marx cuya posposición angustió a los líderes de todas las revoluciones anticapitalistas triunfantes desde Lenin hasta el Che: la viabilidad del socialismo sólo es posible a escala mundial. Particularmente, cuando logra movilizar el concurso de las fuerzas anticapitalistas en los países desarrollados. En la era de la globalización, donde hasta la siempre sospechosa jerarquía del Vaticano convoca a la solidaridad global, a la izquierda no le queda otro camino que la internacionalización de sus luchas políticas.

1. Por razones puramente funcionales no uso la distinción entre sociedad civil y sociedad política que reserva a la primera un rol de experimentación de nuevas formas de vida y a la segunda un lugar más activo en la producción de conflictos y concertaciones. Para una discusión al respecto, remito a: J. Cohen y A. Arato. *Civil Society and Political Theory*.
2. “La acción colectiva que une ambas formas de protesta deviene por definición una lucha común en dos frentes de la misma batalla contra la explotación capitalista y la pauperización que esta exige”, anota Judith Hellman en “The Study of New Social Movements in Latin America and The Question of Autonomy”.
3. En este punto vale la pena una precisión. Cuando hablo de comunidad no me refiero a un lugar específico (la fábrica, la aldea, el barrio, etc.) sino a una categoría sociológica definida como todo conjunto de personas organizadas en torno a una identidad colectiva, a metas compartidas y a preferencias interdependientes, y cuyo *modus operandi* se apoya en los lazos solidarios, la reciprocidad simétrica y la expectativa de ayuda mutua. Discuto más extensamente este asunto en “Comunidad, participación y socialismo: reinterpretando el dilema cubano”.
4. En tal contexto, el pluralismo fue explícitamente reconocido por el marxismo soviético como una excrecencia burguesa con pretensiones subversivas. Cito un conocido manual soviético: “la concepción del pluralismo se utiliza para desacreditar la base filosófica monista del marxismo leninismo, el sistema político del socialismo y justificar la democracia burguesa” *Diccionario de Filosofía*, Editorial Progreso, Moscú, 1984. Craso error que las elites políticas del socialismo real tuvieron que afrontar vergonzosamente a fines de los años ochenta, ya fuese masacrando estudiantes en plazas públicas o sencillamente abdicando del poder tras espectaculares retrocesos políticos. Algo que puede que continúen afrontando atrincherados en dramáticos usos arbitrarios del poder en nombre del socialismo.
5. Una coherente exposición de este punto de vista se encuentra en Dennis Rondinelli, *et al. Decentralization in Developing Countries*. En el plano ideológico-cultural, se difunde la noción de que los “compromisos públicos universales” padecen de una obsolescencia incurable y deben ser sustituidos por nuevos fundamentos éticos y una cultura cívica localista, en todo lo cual se asigna a las ONGs un lugar privilegiado. Ver al respecto el *World Bank Development Report* de 1991.

6. He discutido este punto más extensamente en "Pensando la alternativa desde la participación". En *Alternativas de izquierda al neoliberalismo...*

7. Para un sugerente estudio de la generación de redes económicas alternativas frente a la globalización, ver, de J. Pérez Sáinz, "Entre lo global y lo local: economías comunitarias en Centroamérica".

8. Un balance interesante al respecto se encuentra en el libro *Gobiernos de izquierda en América Latina*.

9. Ver al respecto: Jeremy Brecher *et al.*, *Global Visions: Beyond the New World Order*.

## REFERENCIAS

- Anderson, Perry. (1986). *Tras las huellas del materialismo histórico*. México: Siglo XXI Editores.
- Brecher, Jeremy *et al.* (1993). *Global Visions: Beyond the New World Order*. Boston: South End Press.
- Burbach, Roger. (1997). Socialism is Dead. Long Live Socialism. *Nacla [NACLA]*, nov./dic.
- Capella, José R. (1993). *Los ciudadanos siervos*. Madrid: Editorial Trotta.
- Cohen, J. y A. Arato. (1995). *Civil Society and Political Theory*. Cambridge: MIT Press.
- Diccionario de Filosofía*. (1984). Moscú: Editorial Progreso.
- Dierckxsens, Win. (2000). La construcción de alternativas al neoliberalismo a partir de Seattle. *Pensamiento Propio*, No. 11, enero-junio.
- Dilla, H. (1996). Comunidad, participación y socialismo: reinterpretao el dilema cubano. En: H. Dilla, comp., *La participación en Cuba y los retos del futuro*. La Habana: CEA.
- Dilla Alfonso, Haroldo. (1996). Pensando la alternativa desde la participación. En: H. Dilla, M. Monereo y J. Valdés, eds., *Alternativas de izquierda al neoliberalismo*. Madrid: FIM.
- Enríquez, Alberto *et al.* (1997). *Desarrollo regional y local en El Salvador: reto estratégico del siglo XXI*. San Salvador: Funde.

- Gramsci, A. y A. Bordiga. (1977). *Debate sobre los consejos de fábrica*. Barcelona: Anagrama.
- Harvey, David. (1996). *Justice, Nature and the Geography of Difference*. Oxford: Blackwell Publishers.
- Hellman, Judith. (1997). Social Movements: Revolution, Reform and Reaction. *Nacla [NACLA]*, mayo/junio.
- Hellman, Judith. (1992). The Study of New Social Movements in Latin America and the Question of Autonomy. En: A. Escobar y S. Álvarez, eds., *The Making of Social Movements in Latin America*. Boulder: Westview Press.
- Hobsbawm, E. (1996). La política de la identidad y la izquierda. *Nexos*. México: agosto.
- Monereo, Manuel y Pedro Chávez, eds. (1999). *Para que el socialismo tenga futuro*. Madrid: El Viejo Topo.
- Pérez Sáinz, J. (1997). Entre lo global y lo local: economías comunitarias en Centroamérica. *Utopías*, No. 173. Madrid.
- Rondinelli, Dennis *et al.* (1984). *Decentralization in Developing Countries*. Washington DC: World Bank Staff Working Papers No. 581.
- Stolowicz, Beatriz. (1999). *Gobiernos de izquierda en América Latina*. México: P y V Editores.
- Vilas, Carlos. (1996). La Izquierda en América Latina: presente y futuro. En: H. Dilla, M. Monereo y J. Valdés, eds., *Alternativas de izquierda al neoliberalismo*.
- Wallerstein, Immanuel. (1994). El derrumbe del liberalismo. *Secuencia*, No.28, enero-abril.
- World Bank Development Report. (1991). Oxford University Press.